

había abandonado las negociaciones con los holandeses (1) y por este lado tenía motivos para acariar alguna esperanza. Entre los holandeses y los imperiales subsistía aún la contienda sobre los Países Bajos que los últimos reclamaban en nombre de Carlos III y los primeros querían retener hasta que estuviese resuelta la cuestión de la Barrera. El emperador para introducir la discordia entre holandeses é ingleses, pensó nombrar gobernador general de los Países Bajos á Marlborough; pero éste rechazó el nombramiento á fin de evitar la desunión, de otro modo cierta, entre las potencias marítimas, si bien impidió que los holandeses instalaran guarniciones en las plazas conquistadas é hizo conferir el gobierno á un Consejo de Estado bajo la vigilancia de Inglaterra y de las Provincias Unidas. Los Estados Generales, por su parte, se negaron á garantizar la sucesión de Inglaterra en la casa de Hannover, mientras no estuviese zanjada la cuestión de la Barrera.

Luis XIV entabló con los holandeses hasta cuatro negociaciones simultáneas, en las cuales las proposiciones francesas variaban según la suerte de la guerra. Estaba resignado á la necesidad de aceptar, como decía, una gran desmembración de la monarquía española; las concesiones que estaba dispuesto á hacer opinaba Heinsius que debían discutirse, pero Marlborough las juzgaba insuficientes.

Por esto, cuando en el mes de octubre el rey ofreció á Inglaterra y á Holanda negociar en conferencias públicas, Marlborough contestó é hizo contestar por los Estados Generales, que aquella proposición, «sin algunas aclaraciones más concretas por parte del rey cristianísimo, no parecía muy á propósito para lograr una paz sólida y duradera.»

Entonces Luis XIV reanudó las negociaciones secretas. Los holandeses pidieron el total desposeimiento de Felipe V y la cesión de las plazas francesas de Yprés, Menín, Tournai, Condé y Maubeuge para su barrera. El rey hizo una nueva tentativa cerca de Victor Amadeo y hasta algunas insinuaciones al emperador por conducto de los suizos, y trató por último de comprometer al papa primero y después al rey de Suecia Carlos XII (2) á ofrecer su mediación. Carlos XII, vencedor del tsar y de los reyes de Dinamarca y de Polonia que se habían unido para despojarle de sus Estados, podía dictar la paz á Europa, pero prefirió continuar la guerra contra Rusia.

Aquellas gestiones por todos lados á la vez denunciaban la turbación y la ansiedad de Luis XIV. Chamillard se confesaba incapaz de organizar la campaña que iba á inaugurarse.

V. — Francia invadida. Conferencias en Holanda: *Streydensaas* y los preliminares de La Haya (3)

A principios de 1707 los aliados, creídos de que con poco más esfuerzo acabarían con la resistencia de Fran-

(1) Vreede, *Correspondance diplomatique et militaire du duc de Marlborough, du grand pensionnaire Heinsius et du trésorier général des Provinces Unies Jacques Hop* (1706-1707), Amsterdam, 1850.

(2) G. Syveton, *Louis XIV et Charles XII. Au camp á Altranstadt*, Paris, 1900.

(3) *Journal inédit de J. B. Colbert, marquis de Torcy...*, pendant les années 1709, 1710 et 1711, ed. F. Masson, Paris, 1884.

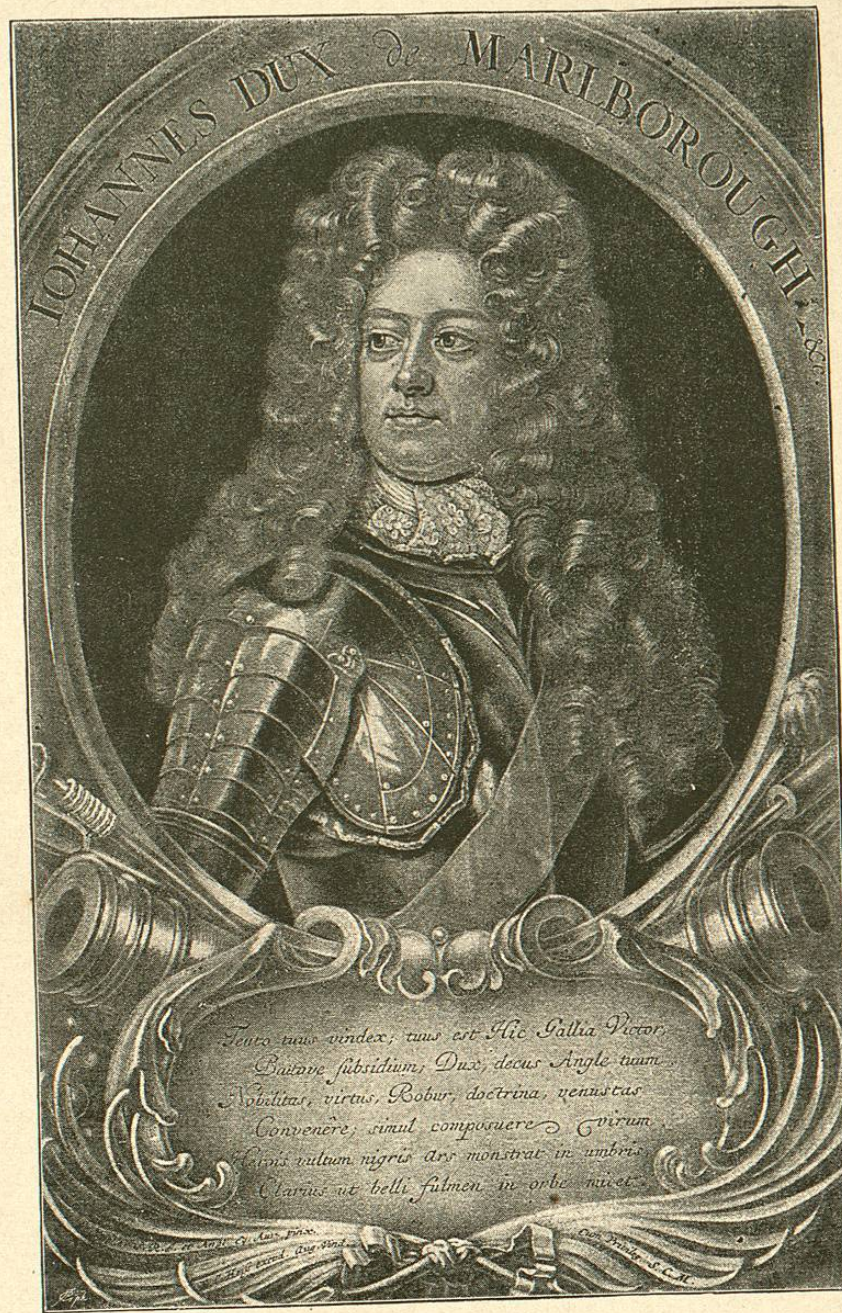
cia, habían resuelto atacarla en todas sus fronteras, instalar definitivamente á Carlos III en España y conquistar Nápoles y Sicilia; pero de todos estos proyectos sólo el último vióse coronado por el éxito.

Luis XIV abandonó el reino de Nápoles el cual, estando como estaba acostumbrado á cambiar de dueño, cambió sin dificultad una vez más, cuando se presentaron las tropas alemanas. En cambio, en España, la victoria fué para la causa de Felipe V. El embajador de Francia en Madrid, Amelot, había podido hacerse con muchos millones procedentes, bien de un empréstito garantizado por la plata de las iglesias, bien del dinero traído por los galeones de México; y la reina había enviado á Francia todas sus pedrerías para que las vendiesen. Gracias á ello, reorganizóse el ejército y en la primavera de 1707 Berwick tuvo á su disposición tropas superiores en número y calidad á las de sus enemigos, veinticinco mil hombres por quince mil.

Y esto no obstante, fueron los enemigos quienes tomaron la ofensiva sitiando Villena, al Sur de Valencia. Berwick, que se había aproximado para hacer levantar el sitio, fué atacado en 25 de abril por Galway, junto á la pequeña plaza de Almansa, y si bien en un principio los anglo-portugueses consiguieron arrollar el centro español, rehecho éste y habiendo flaqueado la caballería portuguesa situada en las dos alas, todo el esfuerzo de los franco españoles se dirigió contra la infantería inglesa que no pudo resistir una carga á la bayoneta. Por un momento, sin embargo, estuvo indecisa la victoria gracias á la bravura de un regimiento de refugiados franceses mandado por el ex caudillo de los camisardos Juan Cavalier; pero Berwick puso término al combate, que no duró más que hora y media, envolviendo trece batallones que se habían refugiado en una colina cercana. La victoria fué completa; los franco-españoles habían hecho nueve mil prisioneros, tomado ciento dos banderas ó estandartes, todos los cañones y casi todos los bagajes; la infantería enemiga estaba poco menos que destruída, pues la jornada habíale costado ocho mil hombres.

El duque de Orleans, que llegó al día siguiente de la batalla, envió á Berwick á terminar la sumisión del reino de Valencia; invadió Aragón y en 24 de mayo obligó á los ingleses á evacuar Zaragoza. Los aliados no conservaban más que Cataluña; allí se dirigió el duque presentándose en 11 de junio delante de Lérida, de la que, sin embargo, no se apoderó hasta noviembre, á causa de haber tenido que enviar una parte de sus tropas á Provenza, á fin de socorrer la plaza de Tolón, que estaba sitiada. Una vez tomada Lérida, para expulsar de España á los anglo-portugueses sólo faltaba apoderarse de Barcelona y de algunas otras poblaciones menos importantes.

Provenza fué vigorosamente atacada por tierra y por mar, pues los austro-piamonteses esperaban poder conquistar aquella provincia y los anglo-holandeses bombardear Marsella y destruir Tolón cuyo arsenal contenía cinco mil cañones y en cuyo puerto había cuarenta grandes navíos. Tessé, que después de la evacuación de Italia había recibido el encargo de vigilar la frontera, apostó tropas y milicianos del país para defender el paso del Var é hizo reparar las semiderruídas fortificaciones de Tolón por aldeanos que trabajaban al son de



JUAN CHURCHILL, DUQUE DE MARLBOROUGH
(Facsimile reducido del grabado de E. C. Heiss, cuadro original de G. Kneller)

pífano y tamboril. Se instalaron dos campamentos para evitar el asedio de la plaza, y los navíos reales que estaban anclados en el puerto fueron echados á pique.

Los aliados, cuarenta y cinco mil austriacos y piemonteses, pasaron en 4 de julio la garganta de Tende, avanzaron siguiendo la costa y teniendo á la vista la escuadra anglo-holandesa mandada por el almirante Shovel, y atravesaron el Var y los desfiladeros del Esterel. Tolón fué bombardeado por tierra y por mar, aunque sin sufrir grandes daños; el enemigo, que en aquella «región seca y estéril» carecía de víveres y de forrajes, fué diezmado por las enfermedades y por las deserciones, y en 22 de agosto se retiró, siendo hostilizados, á su regreso por el Esterel, por los aldeanos, que les mataron algunos hombres, y habiendo sufrido en aquella expedición más de diez mil bajas.

Los aliados habían dirigido su principal esfuerzo contra España y contra Provenza. En la frontera del Norte, Vendome y el elector de Baviera impidieron el avance de Marlborough.

Villars, al frente de sesenta y seis batallones y ciento ocho escuadrones, contra cuarenta y cuatro batallones y setenta y dos escuadrones, realizó, casi sin combatir, una especie de campaña triunfal: pasó por el Rhin, atacó las líneas que formaban como una especie de campo atrincherado entre aquel río y la Selva Negra, desde Philippsburgo á Stollhofen, traspasándolas en varios sitios; penetró el 23 de mayo en tierras del imperio, avanzó hasta Stuttgart y proyectó entrar en Baviera y combinar una acción contra Viena con los húngaros ó con el rey de Suecia que tenía algunas desavenencias con el emperador. Mas precisamente en aquel entonces había sido invadida Provenza, y Villars recibió orden de retroceder y de enviar á aquella provincia algunas tropas, orden que cumplió aunque lamentándola. Había percibido en el imperio fuertes contribuciones que dividió en tres partes: «La primera sirvió para pagar al ejército, con la segunda pagué á los oficiales, y la tercera la destiné á engordar mi ternera (1).»

El año 1707 había sido, pues, bastante bueno; pero Chamillart no sabía cómo preparar la campaña del año siguiente:

«La hacienda—escribía al rey—hállase tan agotada que no hay modo de esperar nada para el porvenir, ni siquiera medio de suministrar fondos para el resto de la campaña (de 1707) á las tropas á las cuales se deben sumas inmensas del año 1706 y mucho del año actual. Los ingresos de 1708 se han consumido anticipadamente y el crédito está agotado... En tan extremado apuro, busco remedios y trabajo para reanimar la confianza de las gentes de buena voluntad, á quienes pido socorros para que me ayuden á formular un proyecto que siquiera dé lugar á que los enemigos se persuadan de que pensamos proseguir la guerra... Preferible sería aceptar la paz en las condiciones en que los enemigos quisieran otorgarla, si esas condiciones fuesen tolerables...»

Un diputado de Ruán en el Consejo de Comercio,

(1) Villars poseía el castillo de Vaux, antigua propiedad de Fouquet. (El final de la frase de Villars es un juego de palabras, pues ternera, en francés, es *veau*, que se pronuncia como Vaux. *N. del T.*)

Nicolás Mesnager, fué secretamente á Holanda para entablar negociaciones, ofreciendo al diputado en los Estados, Van der Dussen, consejero pensionario, el restablecimiento de la tarifa de 1664, la exención de cincuenta sueldos por tonelada, y varios privilegios comerciales en España y en la América española. En cuanto á las demás cuestiones, negóse á discutir las, limitándose á decir que respecto del asunto de la barrera podrían reproducirse los ofrecimientos hechos por Luis XIV en 1701. Mesnager hubo de vencer grandes dificultades para ver á Heinsius: «Es una obra de romanos acercarse á ese ministro,» escribía á Torcy; y cuando al fin pudo avistarse con el gran pensionario, éste volvió á hablarle del proyecto de reparto presentado en 1706 por Luis XIV. Pero el rey de Francia, que creía bien consolidado en España el trono de su nieto, rompió las negociaciones en marzo de 1708.

En 1708 intentó Luis XIV emprender la guerra por mar en la Gran Bretaña. Los partidarios de Jacobo Estuardo, los jacobitas, venían, desde hacía muchos años, proponiendo al monarca francés un desembarco (2); y en 1708 la situación parecía propicia para efectuarlo, ya que habiendo Inglaterra suprimido el parlamento de Edimburgo y reunido los dos reinos en uno solo, el reino de la Gran Bretaña, el partido nacional escocés, irritado por aquella anexión, estaba dispuesto, según se decía, á sublevarse á la llegada de Jacobo Estuardo. El rey de Francia, después de haber obtenido de los más ilustres señores escoceses la promesa de que le prestarían su concurso, dió orden de que se reuniese una pequeña escuadra en Dunkerque; pero los retrasos ocasionados por una enfermedad del pretendiente y por algunas disensiones entre los secretarios de Estado de la Guerra y de la Marina, Chamillart y Pontchartrain, permitieron al gobierno inglés ponerse en guardia. Diez batallones se trasladaron desde los Países Bajos á la Gran Bretaña y el almirante Bing recorrió con su flota el mar del Norte. Forbin salió de Dunkerque con ocho navíos de guerra y setenta buques de transporte y, burlando la vigilancia del enemigo, llegó el 23 de marzo á la entrada del golfo de Forth; pero habiéndose presentado al día siguiente la escuadra de Bing, hubieron de desistir los franceses del desembarco, tanto más cuanto que no se hallaban en el sitio fijado para la cita y que los escoceses no daban señales de vida. Y como no había que pensar en librar una batalla, Forbin regresó apresuradamente á Dunkerque, adonde llegó sin obstáculo en los días 7 y 8 de abril.

La campaña terrestre de 1708 había sido proyectada en la siguiente forma: defensiva por el lado del Rhin y de los Alpes, continuación de las operaciones en España y ofensiva en los Países Bajos. En España, Felipe de Orleans alcanzó algunos triunfos, pero los enemigos conservaron Barcelona; y los ingleses se hicieron dueños del Mediterráneo occidental con la conquista de Cerdeña y de Menorca. En los Países Bajos los franceses sufrieron grandes desastres.

(2) Véanse los documentos publicados por C. Sanford Terry en la colección titulada *The Chevalier de Saint-Georges and the jacobite movements in his favour, 1701-1720*, Londres y Nueva York, 1901, in 8.º. P. Coquelles, *Les projets de descente en Angleterre d'après les archives des affaires étrangères*, «Revue d'histoire diplomatique,» 1901.

Luis XIV había dividido el mando entre su nieto, el duque de Borgoña, y Vendome. El duque tenía entonces veintiséis años y era un personaje singular, del que hablaremos con frecuencia en el curso de esta historia. Era instruido en el arte de la guerra, dice Voltaire, pero «lo consideraba más bien como el azote del género humano... que como verdadero manantial de gloria.» Saint-Simón lo describe «tímido, extremadamente circunspecto, ensimismado, que lo razonaba, pesaba y medía todo...; comedido, considerado..., poco conocedor de aquellos con quienes trataba; á veces vacilante, generalmente distraído é inclinado en demasía á las minuciosidades;» era, en una palabra, el polo opuesto del duque de Vendome, «atrevido, audaz, presuntuoso, imprudente, que todo lo despreciaba y abundaba en su opinión con una confianza que ninguna experiencia había podido hacerle perder; incapaz de violentarse, de guardar moderación ni respeto y sobre todo de someterse á un yugo...; de carácter agrio é intratable en la disputa.» El duque de Borgoña llegó, á mediados de mayo, al ejército acampado delante de Mons, llevando á sus órdenes ochenta mil hombres. Marlborough hallábase cerca de Bruselas al frente de sesenta y ocho mil y Eugenio concentraba treinta y cinco mil en el Mosela. Los franceses debieran haber atacado al enemigo antes de que esos dos generales se juntasen, pero se pasaron largo tiempo discutiendo proyectos que el joven príncipe enviaba á su abuelo.

A principios de julio decidieron á operar contra Gante y Brujas y en ambas ciudades penetraron por sorpresa algunos destacamentos franceses. Vendome propuso atacar Audenarde á fin de hacerse dueño del Escalda y poder de este modo defender toda la Flandes.

El día 11 de julio, las primeras columnas, al aproximarse á la plaza, divisaron al enemigo situado en una altura coronada por numerosa artillería; Marlborough y el príncipe Eugenio se habían juntado y dirigido hacia el Escalda, adelantándose á su adversario. Las primeras columnas francesas atacaron protegidas por las que las seguían, pero no hubo batalla campal, pues la artillería se había quedado atrás y Vendome utilizó tan solo diez cañones que le fueron enviados durante el combate. El duque de Borgoña no intervino en la acción porque su estado mayor le aconsejó la prudencia; de suerte que una gran parte del ejército contempló el combate «como se contempla la ópera desde los palcos terceros.» Al anochecer, la situación estaba indecisa; Vendome quería permanecer en el campo de batalla á fin de reanudar la acción al día siguiente, pero el duque de Borgoña y los oficiales del séquito de éste fueron de contrario parecer, y cuéntase que aquél, exasperado, dijo á los oficiales: «Señores, veo que todos lo queréis; es preciso, pues, retirarse;» y luego, mirando al príncipe, añadió: «De todos modos, monseñor, hace mucho tiempo que lo deseabais (1).» Una vez más la retirada fué un ver-

(1) El duque de Borgoña fué acusado de cobardía. Una hija natural de Luis XIV, la duquesa de Borbón, burlábase de él en estos términos:

«Por tu miedo y por tu ignorancia
Francia

Está reducida al último extremo.
Tú desmientes la raza de nuestros reyes
Tan famosos por su valentía.

dadero desastre, pues nadie mandaba. En aquellas jornadas el ejército francés tuvo tres mil muertos, cuatro mil heridos, ocho mil prisioneros y tres mil desertores. Varios destacamentos se fueron á la buena de Dios á Lila, Tournai é Yprés, mientras el grueso de las tropas se atrincheraba cerca de Gante, detrás del canal de Brujas, dejando libre el camino de Francia.

Marlborough pasó la frontera en 15 de julio y asoló la Flandes marítima y el Artois, en tanto que el príncipe Eugenio preparaba en Bruselas el material necesario para poner sitio á Lila. Atacar una ciudad grande y bien fortificada dejando á la espalda un ejército enemigo, era una operación arriesgada. Vendome habría querido impedir que de nuevo se juntaran Marlborough y el príncipe Eugenio, pero el duque de Borgoña no se lo permitió pretextando la necesidad de proteger Gante y Brujas. Eugenio se puso en marcha el día 6 de agosto, al frente de un inmenso convoy de tres mil carros escoltados por veinte mil hombres y, sin haber sido molestado, llegó el 12 delante de Lila, poniendo cerco á la ciudad con cuarenta y cinco mil soldados, á los que apoyaban los cuarenta mil de Marlborough.

Tan grande fué la emoción producida por esta noticia en Versalles, que Luis XIV dió orden á Vendome y al duque de Borgoña de que se uniesen á Berwick, que con treinta mil hombres guardaba la frontera entre Saint-Amand y Martagne, y juntos marchasen á socorrer á Lila. Pero la discordia entre Vendome y el duque se agravaba hasta el punto de que el ejército se hallaba dividido en *Vendomistas* y *Borgoñones*. Al fin, después de haber perdido en discusiones largo tiempo, el duque de Borgoña se decidió á salir de Gante y á juntarse con Berwick el 30 de agosto, y al frente de ciento veinte mil hombres aproximóse á Lila. La plaza se resistía valerosamente defendida por Boufflers, que sólo tenía nueve mil hombres, y por la población (2). Vendome quería emprender el ataque en seguida á fin de no dar á Marlborough tiempo para atrincherarse; mas habiendo Berwick formulado una opinión contraria, el duque de Borgoña á quien Luis XIV había conferido el «poder decisivo,» no se atrevió á arrostrar la responsabilidad de la decisión y pidió instrucciones á Versalles. Chamillart, enviado por el rey para zanjar la divergencia de pareceres, ordenó que se intentara un ataque; pero era demasiado tarde, pues Marlborough había podido construir sólidas trincheras que un cañoneo no pudo destruir.

Entonces los franceses resolvieron obligar al enemigo á levantar el sitio impidiéndole que se aprovisionase; no obstante lo cual siguió aquél recibiendo víveres.

El día 22 de octubre la plaza se rindió, «después de haber hecho la defensa más vigorosa y mejor dirigida que pueda mencionarse,» y Boufflers se retiró á la ciudadela en espera de un socorro que no llegó. El duque de Borgoña estaba jugando al volante cuando supo la capitulación de Lila y ni siquiera interrumpió la partida. Boufflers capituló en 9 de diciembre y algunos días después Brujas y Gante abrieron sus puertas á Eugenio y á Marlborough. De suerte que toda aquella campaña fué un desastre y produjo en todo el reino el sentimiento de una vergüenza nacional. Boufflers hizose popular por

(2) Teniente Sautai, *Le siège de la ville et de la citadelle de Lila en 1708*, Lila, 1899, in 8.º

su hermosa defensa y el rey le dió las gracias y le honró con un ducado-pairía. Luis XIV no ocultaba su disgusto que aumentó cuando por las conversaciones con el mariscal comprendió «claramente que todos aquellos desastres podían haberse evitado.» De ello era en parte responsable el duque de Borgoña, á quien su preceptor Fenelón acusa, en aquel momento, de «amigo de diversiones, desaplicado, irresoluto... y de escuchar demasiado los malos consejos de gentes débiles y tímidas, incluso de su confesor, que se metía á hablarle de la guerra.» Pero la opinión pública achacó la culpa de

condición previa sería que el negociador francés presentase «los ofrecimientos anteriormente hechos de las Españas y de las Indias, del Milanesado y de los Países Bajos, y lo que ha sido añadido, así como un tratado de comercio favorable.» Con las palabras «lo que ha sido añadido,» querían significar algunas plazas de barrera que se ocuparían en territorio francés.

Después de la última desastrosa campaña, esas exigencias, á pesar de ser tan duras, no parecieron exageradas á Luis XIV, quien hizo escribir por Torcy que consentía, «para el bien de la paz, en tratar bajo las con-



La reina Ana de Inglaterra

Copia de un grabado al aguafuerte de J. Smith, sacada del retrato original pintado por G. Kneller

todo al rey, á quien muchos, entre ellos Saint-Simón, reprochaban «la ceguera de las elecciones, el orgullo de hacerlo todo, los celos (que tenía) de los antiguos ministros y capitanes, la vanidad de escoger á aquellos á quienes nada podía atribuirse á fin de no tener que compartir con nadie la reputación de grande.» Saint-Simón adopta un acento de odio para abominar «de toda aquella deplorable manera de gobernar que precipitó en el más evidente peligro de una total pérdida y lanzó á la última desesperación á aquel árbitro de la paz y de la guerra, á aquel distribuidor de coronas, á aquel castigador de naciones, á aquel conquistador, á aquel grande por excelencia, á aquel hombre inmortal por quien se agotaban el mármol y el bronce...»

En el entretanto, proseguían las negociaciones para la paz por conducto de intermediarios oficiosos que exploraban el terreno. Los holandeses, durante la campaña, habían hecho escribir por Van der Dussen que su

diciones exigidas como base de la negociación.» Rouillé, presidente del Gran Consejo, fué enviado á Holanda y en la aldea de Streydensaas encontró á Van der Dussen, pensionario de Guda, y á Buys, pensionario de Amsterdam, que le habían dado cita en aquella población.

En 17 de mayo de 1709 manifestáronle que la memoria de Van der Dussen «contenía realmente los puntos más esenciales y primeros que debían ser examinados, pero que, además, había otros no menos importantes, á saber: que Felipe quedase totalmente excluido de la sucesión; que en cuanto al imperio, se restableciese el tratado de Múnster interpretado en el sentido germánico; y que para contentar á Inglaterra Luis XIV reconociese á Ana y la sucesión protestante, expulsase del reino al pretendiente y cediese Dunkerque. Por lo que á ellos tocaba, los holandeses reclamaban una barrera compuesta de las ciudades de los Territorios Conquistados que los coligados habían tomado ó pensaban